

Misa de Gallo (25-12-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, ante la magnificencia y la grandeza del emperador Augusto, el Evangelio de Lucas (1, 67-79), inspirado por el Espíritu Santo - como son todos los Evangelios - ha querido subrayar el contraste de la grandeza de ese imperio con la pequeñez y humildad del Hijo de Dios que nace de María y que es recostado en un pesebre después de ser envuelto en pañales. Y se nos dice, en este texto, que “este es el signo”, el signo que permite tener esperanza y tener alegría, porque es una alegría para todo el pueblo que ha nacido El Salvador, que es el Mesías y el Señor.

¿Y por qué razón es una alegría para el pueblo? Porque, como dice el texto: “el pueblo caminaba en tinieblas, en sombras de muerte y, sin embargo, una luz les brilló”. ¿Pero qué es esta luz si es totalmente sencilla y escondida? Nosotros, a través del camino de esta historia de 20 siglos, hemos comprobado que detrás de esta sencillez se esconde una gran esperanza; por eso nos enternece con esta fiesta, por eso nos reunimos como familia, la preparamos con regalos, nos saludamos. No hay manera de tener el WhatsApp vacío, porque todo el mundo saluda hoy día con alegría porque todos nos enternece, todos volvemos a lo más profundo que tenemos que es el haber nacido y haber sido llevados en el útero materno hasta que se da a luz. Y por eso se llama “dar a luz”, porque vemos la luz, y la luz misma viene, no solamente de fuera, sino de adentro, del vientre de María.

¿Qué es lo que nos pasa a los humanos cuando vivimos un acontecimiento natal? Nos llenamos de inmensa alegría. Sucede con nuestros niños que han entrado también ahora, hace poquito nomás; sus familias seguramente se han alegrado de la misma manera. Y es que hay algo en el ser humano que lo hace ser semejante a Dios, y si nos alegramos es porque, de alguna manera, sintonizamos, comulgamos internamente con el Dios que nos creó y del cual somos parientes, no solamente amigos, sino parientes. Somos sus hijos y hermanos entre nosotros, eso es lo que nos ha revelado el Señor, y eso es lo que todavía en la humanidad es fuente inagotable para pensar y unirnos para resolver problemas.

Si el pueblo caminaba en tinieblas porque sufría justamente el peso de un imperio tiránico que marginaba a los pequeños, de tal manera que, en el caso concreto de Jesús y de su familia, no tienen ni siquiera un puesto en una posada y tienen que ir a buscar un establo para poner a Jesús en el pesebre, quiere decir que ellos tienen condición casi migrante, en donde no pueden recurrir a posibilidades sino aquellas que están en los márgenes del mundo.

¿Por qué razón la luz brilla? Porque Dios nos coge a todos desde la más fuerte fragilidad. Dios, nuestro Dios, el Dios revelado por la fe cristiana, es el Dios que coge al ser humano desde su debilidad, no desde su fortaleza. Sabe de sus debilidades y sus dramas, de sus interrogantes y de sus problemas no solucionados. Dios quiere introducirse en nuestra vida sin asustar.

Miren cómo la idea de Dios, todavía en la época de Jesús, daba miedo cuando aparece un signo del cielo que son los

ángeles. El ángel le tuvo que decir: “No teman”, porque a veces también nos pasa a nosotros, creemos que Dios nos va a castigar y tememos. Pero hoy día se inauguró, desde el nacimiento de Jesús, la religión del amor y del “no temor”. Y eso es difícil de comprenderlo, pero es fundamental, porque si no es así, nosotros vivimos siempre asustados, temerosos, no crecemos, nos volvemos -no digo niños- pero sí infantiles, y no somos capaces de dar nuestra vida a los demás.

Por eso, el texto nos dice que María puso a Jesús en un pesebre. Vamos brevemente a reflexionar esto, porque “pesebre” es una palabra que significa “montón de paja” para que las bestias, la vaca y el asno coman. Y entonces, Jesús es puesto en la pesebrera y vemos que la imagen, la tenemos aquí delante del altar, está puesto allí porque los animales del establo van a comer en la pesebrera, de tal manera que Jesús va a ser el alimento, no solo de la paja del pesebre, sino Jesús va a ser el alimento para la humanidad.

Por eso Jesús, en el momento definitivo de su único sacrificio, de “El sacrificio”, no de unos sacrificios y holocaustos que hacían los sacerdotes y que jamás ofrecieron su propio cuerpo, sino que ofrecieron el cuerpo de otros, como es la misma condena del Señor. Pero el Señor que sí ofrece su propio Cuerpo, desde el inicio de la vida, sale de la primera casa que tiene en esta tierra, que es el vientre de María, y María lo pone en el lugar de la comida de los animales, para que luego, los seres humanos también podamos comerlo. Y por eso lo hemos puesto debajo del altar, porque dentro de un rato nosotros consagraremos el pan y el vino como Cuerpo y Sangre del

Señor y como sacrificio eterno, existencial y vital, no ritual. Y ese Cuerpo lo comeremos, que es el mismo Cuerpo que Jesús consagró, para que nosotros también, desde el inicio de nuestras vidas, seamos pan para los demás, seamos vida para los demás.

Esta imagen es impresionantemente profunda, porque es el signo de esperanza. Cuando estamos necesitados de ayuda, cuando en estos meses nuestras ollas comunes en la ciudad clamaban por ser llenadas, todos hicimos el esfuerzo de ser pan para nuestros hermanos. La semana pasada les dije que eran 10 toneladas. ¡Y el martes ya eran 14 toneladas! Y han partido para Amazonas y Chachapoyas. Quiero agradecerles porque estamos todos siendo, de alguna manera, pan para mi hermano, todos nos ponemos en disponibilidad, ésa es la verdadera comunión, cuando comulgando, compartimos también nuestra vida, nuestros bienes y nuestro pan con los más necesitados.

Y por eso, esta manera de cogernos a los humanos desde nuestras necesidades hace una cosa extraordinaria. El niño en la pesebrera o en el pesebre es, podríamos decir, el que se dispone a ser comido para calmar la voracidad del ser humano, inclusive, en el Evangelio de Juan dice: Si no me “devoran”, no tendrán parte conmigo. ¿Por qué razón? Porque el Señor, devorando al Señor con todas nuestras mezquindades, con todos nuestros límites, con todos nuestros pecados, accediendo a Él, justamente para que sea nuestro alimento, nos transforma en Él mismo, nos transforma en imagen, hace posible que la imagen que Él hizo nos haga semejantes a Él progresivamente, como cuando crecemos, nos alimentamos, y vamos también creciendo en la vida y madurando.

El Señor ha querido que esta voracidad del ser humano, que se apresura a “comer el fruto del árbol de la ciencia, del bien y del mal”, y a quererlo todo decidir sin pensar, sin entender el sentido de las cosas, comiendo a Jesús, aprendimos nosotros también a entender el sentido de todo, que es el amor gratuito, y comiendo a Jesús, a través de la participación en la Eucaristía, y haciendo el proceso que la Iglesia nos pide hacer, ir entrando en lo profundo, nosotros empezamos a ser más hijos y más hermanos de los demás. Y así, aportamos a este mundo la esperanza. El Señor que es la esperanza, nos transmite su capacidad de ser también nosotros esperanza.

Hoy día, el Santo Padre ha dicho que el camino para vivir en Roma como dirección y orientación de toda la Iglesia mundial, es la humildad. Y es la tarea de esta Navidad y de todas las navidades: volver al pesebre de Belén, volver a la humildad de Jesús que, siendo el gran Dios anunciado, que en el texto de Isaías hoy día se habla, de que es un consejero admirable, un Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz que acrecienta su soberanía, todo eso es a través de la humildad y de la sencillez.

Hermanos y hermanas, tenemos un Dios que nos ha revelado Jesús, que se esconde entre los escondidos del mundo para revelarse y darse a los demás. Quien crea que, para ser creyente hay que engrosar una fortaleza y una soberbia que permite decir: “ustedes no son creyentes, yo, sí”, o que hace creer que los católicos “somos más que los demás” por ser católicos, se equivoca. Los católicos, especialmente, pero todos los cristianos y todos los que creemos en Cristo, estamos para servir y darnos en comida

para los demás. Y eso ya lo vamos comprendiendo en Lima y lo tenemos que comprender en todo el país, nuestro verdadero cristianismo, nuestra verdadera fe, es aprender a compartir lo que tenemos y ayudarnos, sobre todo, en esta época de fragilidad y de crisis.

Hoy, también tenemos muchos imperios tiranos, tenemos situaciones muy graves y tenemos complicidades también. Hoy día, en un mundo en donde la corrupción sigue su paso, la única manera de detener esa corrupción, de detener estos males que vivimos y todo el tema de la Pandemia, es darnos en ayuda a los demás mutuamente y ser hermanos los unos de los otros. Y eso requiere esta actitud entrañable de volver a ser como María que pone a su Hijo en el pesebre para darnos a nosotros en comida a su Hijo. Hoy especialmente eso es necesario porque la crisis que vivimos, inclusive en nuestro país y en otros países, requiere de mucha madurez para comprender que no podemos recurrir jamás al poder absoluto y a la violencia para resolver estos problemas, sino a través de considerar mutuamente el diálogo.

Hoy, el Papa decía a la curia romana que el mejor camino siempre es ajustarnos entre nosotros y ponernos de acuerdo, a pesar de que podamos discrepar. Eso también sucede en la Iglesia de Lima, sucede en todas las iglesias del mundo, y pensamos que, por ese camino sinodal, aprendemos también a compartir y a ser hermanos unos de otros, limando asperezas y abriéndonos a la posibilidad de rectificar lo que no está bien y reconocer lo bueno que el otro tiene.

Que estos signos que nos da el Señor, que este signo extraordinario, el pesebre, nos permita a todos volver humildemente a nuestras bases elementales de vida y podamos así compartir la vida y levantar a nuestro país y a nuestro mundo del estado de postración y de dificultad en que nos encontramos.

Por eso, ahora, vamos a reafirmar nuestra fe como lo hacía la primera Iglesia.